giosos, pero de su actuación se desprende que efectivamente se reconoce que la mujer, como toda persona, es titular de la libertad religiosa y no puede ser discriminada por motivos de religión o creencia.

En definitiva, se trata de una obra notable, bien estructurada, de lectura muy recomendable y está destinada a ser una obra de referencia en la materia que trata. Lo que la autora consigue con esta publicación, y logra con creces, es hacer valiosas aportaciones y reflexiones sobre la discriminación de la mujer y discurso del odio poniendo de manifiesto que existe un choque entre dos derechos, la igualdad de género y la libertad de religión o de creencias y que éstas son contempladas a veces de manera global en sentido negativo como causantes de la discriminación de la mujer y de la lesión de sus derechos. Estas cuestiones son de plena actualidad en los debates sociales y en los diferentes medios de comunicación. En resumen, se trata de una monografía de gran interés ya que la autora con sus aportaciones provoca que el lector reflexione en torno a los diferentes temas que trata y cuales son los avances a nivel internacional que se han conseguido para alcanzar la igualdad y no discriminación de la mujer bien sea múltiple o interseccional.

MARÍA TERESA ARECES PIÑOL

LLAQUET DE ENTRAMBASAGUAS, José Luis, *Paradigmas religiosos de los pueblos indígenas de México*, Tirant lo Blanch México, 2024, 482 pp.

El Dr. José Luis Llaquet de Entrambasaguas, Profesor Titular de Derecho Eclesiástico del Estado de la Universidad Loyola, aborda minuciosamente en la monografía que tengo el honor de recensionar una materia que conjuga historia, política, sociología jurídico-religiosa y candente actualidad. Y es que los pueblos indígenas se sitúan, hoy en día, en el núcleo de las violaciones más graves de derechos humanos perpetradas tanto por Estados como por actores no estatales alrededor de todo el mundo. Ello justifica el auge de la investigación académica en torno a diversos aspectos relativos a la existencia y supervivencia cultural de estos pueblos desde la perspectiva de distintas disciplinas científicas, entre las que las ciencias jurídicas no pueden, ni deben, mantenerse al margen. Entre las causas de los abusos, discriminación y exclusión social que siguen experimentando estos pueblos, su particular cosmovisión y la naturaleza de sus convicciones religiosas, las cuales se alejan de los patrones eurooccidentales acerca de lo religioso, revisten una importancia singular. Un adecuado acercamiento a estas realidades precisa de una especial sensibilidad jurídica; cualidad que ha demostrado poseer y manejar con destreza el Dr. Llaquet.

Tras un prólogo a cargo del Profesor Elio Masferrer Kan, Doctor en Antropología por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México con una reputada trayectoria en el ámbito de la antropología de las religiones, el autor nos introduce, a través del primer capítulo de esta obra, en la particular *indigeneidad* mexicana, sin olvidar las necesarias referencias al contexto internacional que propició la aparición del movimiento

indígena transnacional hasta llegar a nuestros días. Si bien la identificación exhaustiva de los pueblos indígenas de México es una tarea todavía pendiente para las autoridades nacionales competentes, la mayor parte de fuentes considera que existen, al menos, 68 pueblos indígenas distribuidos en alrededor de 40.000 localidades; la mitad de ellas, con una elevada concentración de población indígena. El autor presenta, a continuación, las fortalezas de los pueblos indígenas de México –a las que dedicará un capítulo completo más adelante, el tercero de la obra–, así como sus carencias, ahondando en las dimensiones socioeconómicas de estas últimas. Se detiene en los proyectos de desarrollo nacionales relacionados con el bienestar de los pueblos y comunidades indígenas, vinculándolos, seguidamente, con la multiculturalidad y la globalización, a cuyo respecto indica que «el desarrollo que promueven los indígenas no siempre coincide con el desarrollo de las políticas públicas de los Estados, ni –menos aún– con el desarrollo empresarial y bursátil». Finaliza este primer capítulo resaltando el año 1992, en el que se cumplieron 500 años desde la conquista de América, como un año talismán para México, en la medida en que supuso un punto de inflexión que abrió un nuevo ciclo en su historia y en la de América, con posturas enfrentadas sobre cómo conmemorar tal efeméride: bien subrayando el papel civilizador y cristianizador de los españoles o bien destacando la valía del encuentro e intercambio cultural entre dos mundos.

El capítulo segundo ofrece una perspectiva histórica de la presencia indígena en México a partir de hechos y acontecimientos seleccionados discrecionalmente por el autor, tal como él mismo indica. Así, recorre desde el surgimiento, hace aproximadamente 4.000 años, de la civilización mesoamericana –destacando algunas de sus principales culturas, como la olmeca, la zapoteca o la maya– hasta el presente, pasando por distintas etapas que agrupa del siguiente modo: una primera, y extensa, etapa inmediatamente posterior al descubrimiento de América (1521-1821); una segunda etapa que abarca el siglo XIX (1821-1910), en el que ya se consolidan conceptos como los derechos humanos, la soberanía nacional, la división de poderes, el principio de legalidad y el respeto a las minorías; una tercera etapa que se inicia con la revolución mexicana de 1910 y que versa sobre los principales eventos acaecidos en el siglo XX; y una última etapa que abarca desde 1994 hasta la actualidad.

El capítulo tercero se focaliza en los elementos constitutivos de los pueblos indígenas que les permiten desarrollarse desde un punto de vista político, económico, social y cultural. Sobre las presencias constitutivas de estos pueblos, el autor revaloriza la organización comunal indígena como su patrimonio principal, hasta el punto de que «solo desde la comunidad pueden entenderse las individualidades y no al revés». Destaca como condición indispensable para cualquier comunidad indígena el derecho a la tierra y al territorio, el cual representa, para los indígenas, «un espacio simbólico y una realidad sagrada suprapersonal e intracomunitaria». Dicho derecho se encuentra reconocido por el derecho internacional –menciona, al respecto, el autor la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, la Declaración Americana sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, el Convenio núm. 169 de la OIT, el Convenio sobre Diversidad Biológica y la Convención sobre el Cambio Climático–, así como por el derecho nacional de México. Si el territorio es la condición indispensable

para las formas de vida indígena, la autonomía y la libre determinación anteceden al resto de derechos, en la medida en que son aquellos que «les permiten discernir y decidir en todas las facetas en las que gozan de libertad y de autonomía». En cuanto elementos políticos de las comunidades indígenas, el autor distingue la pertenencia comunitaria, la organización y la consulta. Resalta, seguidamente, los elementos religiosos, jurídicos y jurisdiccionales; si bien la importancia de los primeros convierte en necesario su estudio pormenorizado, lo que se acomete en los capítulos 4 a 7. Como elemento económico básico, destaca el *tequio*, es decir, el trabajo comunal voluntario, que casi siempre es de obligado cumplimiento. Por otra parte, indica que las lenguas indígenas representan el elemento social que les ha permitido transmitir, casi siempre oralmente, su cosmovisión, tradiciones y legado cultural a través de los tiempos. En este plano, el de los elementos culturales, el autor subraya el patrimonio inmaterial, el sentido de la fiesta y la medicina tradicional.

El capítulo cuarto da inicio al cometido de profundizar en el elemento religioso como esencial en los pueblos y comunidades indígenas. Considera el Dr. Llaquet que, si bien los indígenas han permanecido fieles a su religiosidad, las religiones no siempre han sabido serles fieles a ellos. Al referirse a «las religiones», el autor alude al «resultado del acto de fe que se prolonga en un hábito, por el que los creyentes se adhieren a doctrinas expuestas –casi siempre en libros sagrados–, por unos fundadores carismáticos, entre las que destaca la existencia de deidades trascendentes con las que se sienten conectados en su interioridad y cuya presencia experimentan en comunidad compartiendo actos de culto y devoción, actos de solidaridad y misericordia, actos de práctica cultural y ritual y actos morales privados y públicos, los cuales les permiten tener una visión del mundo y dar sentido a la vida terrenal de los adeptos y cuyas prácticas les harán alcanzar la vida eterna tras la muerte». A lo anterior realiza varias matizaciones, entre ellas, que los elementos expuestos son propios de las religiones tradicionales monoteístas abrahámicas y que no tienen por qué encontrarse en las religiones de nuevo cuño.

En cuanto al rol de las religiones en la sociedad, distingue entre dos escenarios distintos: cuando se consideran meros factores sociales, en cuyo caso convivirían con otros fenómenos sociales dentro del ámbito de la libertad y la autonomía de los ciudadanos y serían reguladas por el Estado desde la neutralidad; o bien cuando se consideran como centros de poder y, en consecuencia, compiten con otros núcleos duros de dominio que ostentan los gobernantes y cargos públicos en aras de conseguir prevalecer sobre ellos o subyugar a la otra potestad. En la actualidad, no es inusual considerar que las relaciones entre el Estado de México y las religiones se están viendo marcadas por un laicismo de signo anticlerical, si bien el Dr. Llaquet entiende que «resulta simplista considerar a México como un país perseguidor de las religiones y, en particular, de la Iglesia católica y de los sacerdotes católicos». Tras ahondar en esta cuestión, procede a describir las actuales políticas públicas de gestión del pluralismo religioso en México, que se han visto marcadas por la aprobación, en 1992, de la Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público y su correspondiente Reglamento. Concluye este capítulo con una sección dedicada a las organizaciones religiosas en México. Y es que, en la sociedad

mexicana, también existen *de facto* grupos religiosos informales, que son aquellos que libremente han elegido no someterse a las prescripciones de la mencionada Ley, sin que ello suponga un demérito ni que sus fines sean ilegítimos o inmorales. El mapeo actual de las religiones en México, con base en los resultados del Censo de 2020, ofrece una mayoría católica que se acompaña de un auge tanto en la adscripción a iglesias evangélicas como en el número de creyentes sin iglesia, así como de la emergencia de otras religiones.

El autor nos adentra, a continuación, en el último gran bloque temático que abarcará los siguientes tres capítulos: el capítulo quinto, en el que estudia el mundo de las creencias en la Mesoamérica prehispánica y en la etapa de transición colonial; el capítulo sexto, en el que considera la pastoral indígena de la Iglesia católica; y el capítulo séptimo, en el que aborda la diversidad religiosa actual que existe entre los indígenas, sus relaciones, conflictos religiosos y mecanismos regulados para intentar solucionarlos. De este modo, el Dr. Llaquet hace uso de una metáfora –la de la raíz mesoamericana, el tronco católico y los diversos frutos religiosos– para explicar la compleja realidad de los pueblos indígenas de México, afirmando que «no existe un orden de prelación entre raíz, tronco y frutos [...]; si acaso, lo que prevalece es el fluido de la savia que se forma en la raíz y fluye por todos los tejidos de la planta o árbol y que luego desciende de nuevo hasta la raíz». Define la identidad indígena como «fotosintética», en la medida en que mediante un proceso transformativo sintetiza los elementos iniciales, que se necesitan entre sí.

En consonancia con lo anterior, el capítulo quinto nos introduce en la cosmovisión mesoamericana, distinguiendo la común de la propia de cada pueblo. Se trata de una cosmovisión esencialmente religiosa, de la que se deriva la forma de entender el ser humano y toda la organización política, social y cultural. En particular, las religiones mesoamericanas no son monoteístas ni se estructuran alrededor de un texto sagrado, sino que se derivan de los ciclos agrícolas. Según su cosmogonía –esto es, la concepción que tiene un grupo social acerca del origen del cosmos–, el mundo está dividido en tres niveles: el Cielo (Chicnauhtopa), que tiene 9 pisos superiores verticales; la Tierra (Tlal-tēcpac), el nivel intermedio con 4 pisos; y el Inframundo (Chicnauhmicltlan), con otros 9 pisos verticales. Las creencias prehispánicas también se basaban en tiempos sagrados en función de la astronomía y el calendario, que estaba, por tanto, divinizado. El autor continúa este capítulo con el tránsito al mestizaje sincrético con el catolicismo, señalando que «el grado de penetración de la fe católica fue diverso según la zona y la orden religiosa que lo llevó a cabo, con conversiones más o menos auténticas o superficiales». Finaliza con una sección dedicada al despertar actual de los pueblos indígenas de México, en el que identifica un interés por lo religioso como elemento esencial de su recuperación identitaria.

El capítulo sexto, tras haber analizado las raíces prehispánicas, toma en consideración el «tronco católico del árbol mesoamericano», en la medida en que entiende que, en los pueblos indígenas de México, las religiones mesoamericanas y la religión católica se necesitan mutuamente, «en un proceso de ósmosis y de intercambio vital. La imprevista católica, después de cinco siglos, es tan potente que no puede entenderse la vida

espiritual indígena sin el catolicismo institucional o, al menos, sin la cultural católica que ha permeado México». Una serie de circunstancias favorables consiguieron que, en Mesoamérica, el catolicismo se arraigara de una forma especial; entre ellas, algunas similitudes en las creencias y también en las ceremonias. La conquista espiritual comenzó con la llegada de los franciscanos (1523) en la zona central y occidental del país; de los dominicos (1526) en el centro, y de los agustinos (1533) en el noreste. A estas órdenes religiosas se añadió más tardíamente (1572) la de la Compañía de Jesús en la zona septentrional. Las medidas adoptadas en esta primera etapa pretendían crear una sociedad utópica desde el cristianismo y la vida religiosa, dirigida por los frailes. En la segunda mitad del siglo XVI, la españolización de los indios cobró mayor importancia, de manera que «las autoridades se empeñaron en promover indígenas que fuesen fieles vasallos más que buenos cristianos». El autor continúa su recorrido a lo largo de los siglos para afirmar que, a inicios del siglo XX, la práctica totalidad de mexicanos eran católicos. Sobre la teología india, indica que la autopercepción que los indígenas tienen respecto del catolicismo varía según su permeabilidad a lo largo de la historia, que ha sido mayor en el centro y sur del país. Continúa con una sección dedicada a la pastoral indígena, que se refiere al cuidado espiritual de los católicos por parte de los pastores que forman parte de la jerarquía de la Iglesia. Termina el capítulo con una referencia a los «otros» católicos, es decir, aquellos que han tratado de controlar o suplantar a la Iglesia católica, bien sean gobernantes o bien se trate de los propios fieles provenientes del catolicismo.

El último capítulo de esta obra se titula «Los frutos del pluralismo religioso». Con dicha expresión, el autor trata de evocar el último de los elementos que integran la metáfora introducida en el capítulo quinto. Así, los frutos producidos por las ramas del árbol indígena simbolizan un mosaico plural compuesto por indígenas católicos, evangélicos, pentecostales, cristianos de diferentes denominaciones, creyentes de diversas religiones o espiritualidades, de religiones autóctonas, así como ateos, agnósticos y no creyentes. En términos generales, cabe entender que los conflictos son inherentes a la diversidad, de manera que, «cuanta mayor sea la pluralidad de opciones religiosas existentes en la sociedad y el pluralismo efectivo de los ciudadanos, mayores serán los conflictos y deberán arbitrarse más mecanismos para intentar resolverlos en los tres órdenes de gobierno –federal, estatal y municipal–, y en el comunitario indígena, en su caso». En este sentido, señala el autor, es el Estado el que debiera facilitar las herramientas para que los ciudadanos se formen en los valores propios del ciudadano adulto y responsable que sabe convivir armoniosamente, también en situaciones en que el pluralismo de nuestras sociedades hace evidentes nuestras diferencias como seres humanos. La obra concluye con un Epílogo a cargo del Cardenal Felipe Arizmendi, quien felicita al autor por su investigación tan completa y detallada sobre los pueblos indígenas de México, la cual da muestra de que, como a él mismo, «le cautivaron el corazón».

Como ha podido constatar, se trata de una obra innovadora y rigurosa de sumo interés y de obligada consulta para académicos y profesionales dedicados a la investigación, defensa y resolución de los conflictos relativos a los paradigmas religiosos de los pueblos indígenas de México. Tal y como el propio autor anuncia en la introducción

a la obra, su investigación se divide en dos fases bien diferenciadas y se verá completada con una segunda monografía que proyecta publicar en los próximos años, con un estudio del derecho de los pueblos mesoamericanos y de la juridicidad de los actuales pueblos indígenas de México desde el punto de vista legislativo y jurisprudencial, así como de cuestiones relativas al pluralismo jurídico, la armonización de ambos órdenes y la resolución de conflictos jurisdiccionales y competenciales. En suma, la investigación del Dr. Llaquet supone un avance significativo en el objeto de estudio que sienta unas bases sólidas para futuras investigaciones de este tipo.

NÚRIA REGUART SEGARRA

PALOMINO LOZANO, Rafael (coord.), *Dobbs v. Jackson. El cambio de paradigma sobre el aborto*, Iustel, Madrid, 2024, 264 pp.

Dobbs v. Jackson es la denominación de la sentencia dictada por el Tribunal Supremo de los Estados Unidos el 24 de junio de 2022 y que revisó la decisión *Roe v. Wade* dictada por ese mismo tribunal en 1973 y que, como es sabido, estableció el aborto como un derecho basado en la Constitución de esa nación. Al estudio de la sentencia revisora se dedica este trabajo colectivo que ha coordinado el Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, Rafael Palomino y que agrupa las aportaciones de seis profesores de Derecho (incluido el propio coordinador) de distintas universidades españolas.

Las precede una breve «Presentación» del Prof. Michael W. McConnell, Catedrático de la Universidad de Stanford y Director de su Centro de Derecho Constitucional. La lectura de esas pocas páginas resulta muy útil para conocer los aspectos básicos de lo que supuso la sentencia de 1973 –la más intensamente controvertida de la historia del Tribunal Supremo norteamericano– que, ante la ausencia en la Constitución de referencia alguna a la cuestión debatida, fundó un derecho irrestricto, en lo que se refiere a las causas, y para determinados plazos, a la interrupción del embarazo en el derecho a la privacidad. En lo que se refiere a *Dobbs v. Jackson*, explica que la revisión de la sentencia de 1973 no entró en la substancia de la cuestión de la existencia de un derecho de la madre a decidir sobre la vida dentro de ella de una persona no nacida aún, sino que se limitó –ante la ausencia de una indicación constitucional al respecto– a atribuir la regulación de esa materia, reconociendo, negando o limitando la capacidad de decisión de la mujer embarazada, a las instancias políticas de cada uno de los Estados federados. De hecho, desde que se dictó en junio de 2022 ha habido Estados que han restringido las posibilidades de realizar abortos, mientras que otros, menos, han fijado plazos amplios para interrumpir la gestación. A este respecto aporta el dato, aparentemente paradójico, de que en el año siguiente a la *Dobbs v. Jackson* se realizó, en Estados Unidos, el mayor número de abortos desde 1973.

El primer capítulo de esta obra se titula «Persona es su nombre. El estatuto jurídico del no nacido: el derecho a la vida como su primer derecho» (pp. 19-100), y tiene por autor al profesor de la Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid, José Ignacio